

Relato N°13

“En los últimos 40 años”

El colectivo recorría kilómetros. El paisaje se agrandaba a través de sus ojos marrones. Achinados de emoción. Años después sabría que esa década marcaría su vida. Su primera propuesta laboral.

Del verde de su infancia al amarillo de la travesía. Del caldén a la jarilla. Campos de maíz y girasoles por piquillines. Un chofer atento al camino. Cardos rusos rodando por el pavimento. Celia se adentraba a la cultura de la resistencia. En su misma provincia.

Había votado por primera vez, sin comprender demasiado el significado. En su destino no había terminal. Sólo una pequeña casa que hacía las veces de tal. La miraron cual extraña. Con un par de preguntas averiguó cómo llegar al hospital. Con un par de respuestas, sabían ya, todo de su vida.

Aprendió a diagnosticar. Aplicaba inyecciones sin dolor. Atendió parturientas. Muchas niñas llevan su nombre.

Se pegó a la radio. Escuchó la lectura de la sentencia del juicio a la junta militar. Días después la leyó en el periódico que llegaba al pueblo.

Gritó: *Maradona!* en el 86 con quien meses después sería su marido. Suturaba heridas. Compraron una casa. Viajaron por primera vez al exterior beneficiados por el “uno a uno”. Los hijos crecían.

El pueblo ya no necesitaba doctores. Necesitaba población. El traslado se hizo efectivo. Un hospital de mayor complejidad la recibió. Hijos en el secundario. Nuevas amistades. La ciudad los abrazó. Le gustaba estar de guardia. Recibía niños con dolores. Accidentados. Infartados. Embarazadas.

Las palomas de la plaza principal escucharon el estallido. Fueron parte de los cacerolazos.

Veían por televisión cómo se perdían hectáreas productivas por las inundaciones. Su sueldo no alcanzaba. Sus hijas cambiaban tortas por verduras en la plaza. Rodolfo había perdido su empleo. Arreglaba computadoras recibiendo servicios de plomería en su vivienda. El trueque no fue moda.

El corralito los encontró sin dinero ahorrado. Los hijos trabajaban y estudiaban.

Muchos niños recién nacidos se llamarían Rubén, Néstor, Carlos. Pocas Celias, en el registro civil. Sucesión de gobernadores.

Se sorprendieron de la muerte de la oveja Dolly. Con el gobierno de Néstor volvieron a creer en la política. Aunque desconfiaban de los políticos.

Lloraron por la invasión de EEUU a Irak. Miraron en familia El señor de los Anillos y Piratas del Caribe.

Vieron bajar los cuadros de los dictadores Videla y Bignone. Su hijo mayor la vio llorar recordando a sus compañeros desaparecidos. La abrazó. Necesitaba contarle que iban a ser abuelos. Esperó el día siguiente.

Con el nieto las canas cubrieron su cabello. Por televisión vieron jurar a la primera mujer elegida presidenta del país. Festearon en las calles.

Una hija contadora recibida en la Universidad de La Pampa. Un hijo ingeniero. El menor profesor de educación física. Viajaron con sus nietos a Buenos Aires para vivir el bicentenario de mayo.

No era practicante. Se aferró al Papa Francisco cuando a Rodolfo le diagnosticaron la enfermedad. Quería creer en Dios.

Su hijo, el profe, participaba de la maratón "A Pampa Traviesa". Nunca faltaron los mates. Ni los aplausos de aliento.

Sin cabello, su esposo se recuperó. Ella dejó de trabajar para acompañarlo.

Volvían de vacaciones del sur cuando debieron encerrarse en su casa. Aprendieron a cocinar panes. Hicieron cursos de idioma. Se preocuparon cuando internaron a la hija. Sollozaron el día del alta. La videollamada los acercaba.

Las calles fueron testigos de caminatas pidiendo justicia. También de abrazos de todos colores avanzando en el último mundial. Banderas. Camisetas. Una sola Argentina de festejo.

Aprendieron de redes sociales. Reencontraron amigos en facebook. Bailan un sábado por mes en el centro de jubilados.

A través de WhatsApp se convocan para marchar los miércoles. O los días que sean necesarios.

Lamentan no poder detener el paso del tiempo. Algunos días son luminosos. Otros nostálgicos. Adoptaron una mascota. Caminan con ella todos los días.

Las plantas de la huerta cada año son más fuertes. Como sus hijos, como sus nietos. Como su amor.

Al fin y al cabo, cuarenta años no son nada... sino hubiera, nada para contar.